

BAJAR A LA CALLE

Por Abel HERNANDEZ

NO hace mucho, el presidente Suárez nos decía en voz baja: «Lo que yo quiero, lo que a mí me gusta es gobernar; hasta ahora apenas me han dejado.» Parece que ha llegado la hora. El primer ministro, alcanzado en un año el horizonte democrático, con sangre, sudor y lágrimas, va a empezar a gobernar.

Para eso ha hecho su Gabinete: para gobernar. El pueblo empieza a cansarse de palabras y quiere hechos. Las familias quieren que el sueldo les alcance hasta fin de mes, que sus hijos puedan ir a la escuela y alcanzar la Universidad, que la bolsa de la compra no sea una pesadilla diaria, que un piso decoroso deje de ser una ilusión imposible, que salir a la calle no sea un riesgo, que encontrar trabajo no sea un sueño de verano; que se acabe con las irritantes desigualdades y la corrupción y la demagogia; que la cultura no sea exclusiva de unos pocos; que desaparezca la irritante especulación del suelo; que los barrios sean habitables, con jardines, árboles, pájaros, fuentes y parques infantiles; que las pensiones dejen de ser simbólicas; que haya guarderías para todos e iglesias y bibliotecas; que la asistencia sanitaria sea buena para todos, esmerada, humana y eficiente, etc.

El campo español espera ansiosamente que le echen una mano fuerte para salir de la tremenda postración y marginación en que se encuentra. ¡Pobres pueblos y aldeas de España, poblados de ancianos, abandonados a su suerte, sin esperanza! ¡Tristes callejas aldeanas, solitarios paseos escoltados de ruinas!

Las regiones quieren autonomía. Las regiones más pobres, sangradas por la emigración, exigen ser dueñas de sus destinos y de sus recursos. Cualquier hombre honesto de España se alarma ante los escandalosos desequilibrios regionales. Autonomía, sí; pero para todos, cuidando especialmente a las regiones, a las provincias y a las comarcas más deprimidas.

España quiere encontrarse de nuevo a sí misma tras más de medio siglo perdida en rencillas y trincheras irreconciliables. Todos los vientos son favorables para que la nave del Estado salga, por fin, a la alta mar y sea respetada en el mundo, sin desprecios, ni compasiones, ni mendicidades.

Para todo esto se ha formado un nuevo Gobierno; para que sintonice con la voluntad y las necesidades del pueblo. Para eso votaron los españoles el día 15 de junio. El pueblo quiere una Constitución democrática: la Constitución de la concordia; pero exige hechos constantes y sonantes. Ya no sirven las promesas y los camelos.

Los expertos —políticos, periodistas...— escudriñan en la lista del nuevo Gobierno ideas y actitudes, y tratan de adivinar, cautelosamente, por dónde va a salir el segundo Gobierno Suárez. Hasta que llegue el programa, suspenden el juicio. Es un compás de espera. La gente del pueblo mira la lista —si la mira— con indiferencia. Todavía hay divorcio entre la España oficial y la España real; entre los despachos y la calle. Lo primero que habrá que hacer es romper esta constante de nuestra última Historia. Los gobernantes deben bajar urgentemente a la calle.